



UNIVERSIDAD BÍBLICA  
**LATINOAMERICANA**  
PENSAR • CREAR • ACTUAR

**BACHILLERATO EN CIENCIAS TEOLÓGICAS**  
**BACHILLERATO EN CIENCIAS BÍBLICAS**

## **LECTURA COMPLEMENTARIA SESIÓN 3**

### **CTX 113 CRISTOLOGÍA**

Sanders, E. Parish. “La llegada del Reino”. En *La figura histórica de Jesús*, 191-210. Estella: Verbo Divino, 2001.

Reproducido con fines educativos únicamente, según el Decreto 37417-JP del 2008 con fecha del 1 de noviembre del 2012 y publicado en La Gaceta el 4 de febrero del 2013, en el que se agrega el Art 35-Bis a la Ley de Derechos de Autor y Derechos Conexos, No. 6683.

## La llegada del Reino

Jesús se propuso proclamar el poder de Dios con su palabra no menos que con sus hechos. Se refería a él como “el Reino de Dios” (Marcos y Lucas) o “el Reino de los Cielos” (Mateo).<sup>1</sup> Marcos resume el mensaje de Jesús así: “El plazo se ha cumplido. El Reino de Dios está llegando. Convertíos y creed en el evangelio” (Mc 1,15).

“Reino de Dios” es claro y preciso en algunos aspectos, pero ambiguo en otros. Lo más claro es su connotación negativa: apunta al reinado de Dios como distinto del humano y, por tanto, a la reorientación radical de los valores y el poder. Dios, casi todos los judíos estaban de acuerdo, no gobernaba su Reino designando a Tiberio, Antipas, Pilato y Caifás, ni tenía como consideración fundamental la seguridad del imperio romano. “El Reino de Dios”, en la Palestina del siglo I, definitivamente no era el reino presente.

Más difícil es decir en positivo lo que Jesús quería decir con “Reino de Dios”. Los intensos esfuerzos realizados a lo largo de los últimos cien años para definir esa expresión han oscurecido el tema, en vez de aclararlo. Dos significados, sin embargo, debían de ser más o menos evidentes, dadas las ideas judías corrientes. Una es que Dios reina en el cielo; el “Reino de Dios” o el “Reino de los Cielos” existe allí eternamente. En ocasiones, Dios actúa en la historia, pero sólo gobierna completa y constantemente el cielo. El segundo es que, en el futuro, Dios gobernará la tierra. Ha decidido permitir que la historia humana transcurra interviniendo relativa-

---

<sup>1</sup> La expresión de Mateo es literalmente “Reino de los Cielos”. “Cielos” es un circuloquio judío para denotar “Dios” (se podría comparar con la expresión inglesa “Merciful heavens! [¡Cielos misericordiosos!]”), y la expresión mateana tal vez esté más próxima a la utilizada por Jesús. En el presente estudio, sin embargo, voy a usar la expresión más directa “Reino de Dios”.

mente poco, pero un día pondrá fin a la historia normal y gobernará el mundo perfectamente. Dicho brevemente: el Reino de Dios existe *allí* siempre; en el *futuro*, existirá aquí. Estos dos significados son perfectamente compatibles entre sí. Cualquiera podía sostener ambos al mismo tiempo, y, de hecho, millones de personas todavía lo hacen.

¿Qué pueden hacer los seres humanos respecto al Reino? La mayoría de quienes sostenían una de estas opiniones, o ambas, pensaban que sólo podían preparar y aguardar una de estas tres eventualidades: al morir, sus almas entrarían en el Reino de los Cielos; morirían y esperarían la resurrección del cuerpo; o tal vez Dios trajera su Reino a la tierra antes de que murieran. Era razonable sostener una combinación de estas opiniones: cuando las personas mueren, sus almas van al cielo; en el futuro, Dios traerá su Reino a la tierra y entonces juzgará a los vivos y a los muertos (cuyos cuerpos resucitarán). La inmortalidad del alma y la resurrección del cuerpo fueron originariamente ideas independientes: la resurrección entró en el judaísmo desde Persia; la inmortalidad, desde Grecia. Pero en el siglo I se combinaban con frecuencia (como veremos más adelante).

“Reino” es un concepto social, pero el párrafo anterior solamente habla de su preparación individual y de la participación individual en él —hasta que Dios decida traer el Reino a la tierra—. Se puede decir, por supuesto, que los individuos que preparaban el Reino de Dios ciertamente influyeron en la sociedad. Esas personas vivieron vidas honradas y, así, hicieron del mundo un lugar mejor. Pero, hasta aquí, “el Reino” se refiere sólo a una sociedad sobrenatural, gobernada por Dios en persona. Los seres humanos pueden prepararse para él, pero fuera de eso no pueden hacer nada al respecto: el Reino es como el tiempo atmosférico.

Quizás resulte innecesario decir que a muchos esto les ha parecido insatisfactorio como interpretación de la enseñanza de Jesús sobre el Reino de Dios. En su sociedad había pobreza e injusticia. Seguramente deseó una sociedad mejor, seguramente pensó que la gente podía ayudar a crearla, seguramente esto es lo que quería decir cuando hablaba del Reino de Dios. Cuando añadimos a estas expectativas, perfectamente razonables, el hecho de que la palabra “Reino” se utiliza de diversas maneras en los evangelios, entendemos por qué el tema “el Reino de Dios en la enseñanza de Jesús” es una de las cuestiones más discutidas en la investigación del Nuevo Testamento. Los estudiosos a menudo sostienen que Jesús consideraba el Reino, de una forma u otra, presente y activo en el mundo, especialmente en su ministerio. La gente no tenía que esperarlo, podía participar en él.

Puede ser útil pensar que Jesús —o cualquier otro judío del siglo I que

desease hablar sobre el dominio de Dios— tenía la opción de combinar de diversos modos *aquí, allí, ahora y más tarde*. El Reino está aquí, en el cielo o en ambos sitios. Es presente, futuro o ambas cosas.<sup>2</sup> La cuestión es lo que Jesús quería decir principalmente. *A priori*, sería perfectamente razonable conjeturar que en los dos casos eligió la opción “ambos”: el Reino de Dios está allí y aquí, ahora y por siempre. ¿Por qué limitar la esfera del poder de Dios? Por supuesto, la opción del doble “ambos” requiere algún cambio en el significado preciso de “Reino”: *aquí y ahora*, el Reino no puede ser del todo lo que será donde no intervengan seres humanos. El Reino *presente* de Dios *en la tierra* tendría que ser invisible y no coactivo. Los individuos o los grupos de personas podrían verse como habitantes del Reino de Dios si trataban de vivir como Dios (según ellos) quería. Pero tendrían que aceptar que la voluntad de Dios por lo general no prevalecería y que Dios no forzaba a la humanidad en general a vivir de una manera en vez de otra.

En otro sentido, casi cualquier judío del siglo I podía estar de acuerdo en que Dios gobierna aquí y ahora, puesto que ejerce la providencia<sup>3</sup> y controla el resultado final. Los judíos, en general, pensaban que Dios era el Señor del cielo y, también, que al final lo gobernaría todo perfectamente. Doy por sentado que Jesús compartía estas ideas. En términos generales, no estaban sujetas a ninguna controversia. Parece, sin embargo, que quiso decir algo más particular sobre el Reino de Dios. En la enseñanza de Jesús, el Reino de Dios no es meramente la *capacidad* definitiva de Dios para determinar el curso de la historia, ni es solamente el reinado de Dios en el cielo. Algo especial estaba sucediendo o estaba a punto de suceder. Cuando Jesús hablaba del Reino no estaba ofreciendo meramente la opinión teológica normal de su tiempo. Por tanto, debemos intentar indicar más exactamente lo que quiso decir.

Nuestro primer paso va a ser examinar los dichos sobre el Reino. Los dividiré en seis categorías, tres de las cuales son simples subdivisiones del significado futuro de “Reino de Dios”.

1) El Reino de Dios está en el cielo: es una esfera trascendente, en la que se puede buscar inspiración y donde todos entrarán individualmente en el momento de la muerte o del gran juicio: el Reino está *allí, ahora* y en el *futuro*. Hay varios pasajes evangélicos referidos a la entrada en el Reino (= cielo) en el momento de la muerte o del juicio. Un ejemplo es

<sup>2</sup> Los cristianos con tendencia filosófica tal vez prefieran no considerar en absoluto el “Reino de Dios” como algo definido física y temporalmente. A mi parecer, sin embargo, los judíos del siglo I, y Jesús entre ellos, pensaban desde este punto de vista.

<sup>3</sup> Véanse *supra* p. 50.

Mc 9,47: “Si tu ojo es ocasión de pecado para ti, sácatelo. Más vale entrar tuerto en el Reino de Dios que ser arrojado con los dos ojos al infierno” (de modo parecido en Mt 18,9: “mejor entrar en la vida”). En este texto, “Reino de Dios” se opone a infierno y se “entra” en él después de la muerte. Asimismo, cuando un rico le preguntó qué debía hacer para heredar la vida eterna, Jesús le dijo que vendiera todo lo que tenía, se lo diera a los pobres (de ese modo tendría un tesoro en el cielo) y se convirtiera en seguidor suyo (Mc 10,17-22 y par.). Aunque este pasaje no contiene la palabra “Reino”, apoya de forma general esta idea concreta: los individuos obtienen la vida eterna en el momento de la muerte.

El significado de “Reino” es básicamente el mismo en algunos otros pasajes, como Mc 10,15 // Lc 18,17; cf. Mt 18,3 (quien no recibe el Reino como un niño no entrará en él) y Mt 7,21s (sólo quienes hacen la voluntad de Dios entrarán en el Reino “aquel día”; es decir, en el juicio final). Si hiciéramos un esbozo más detallado de los significados de la palabra “Reino”, los dichos sobre el juicio final podrían constituir una subcategoría. En éstos se presupone, bien que la gente muere y espera el juicio, bien que el mundo se acaba y Dios (o su virrey) preside el juicio –al cual también son sometidos, presumiblemente, quienes ya habían muerto antes–. A la postre, el efecto es el mismo. La gente entra en el Reino después de la muerte siempre y cuando sus vidas sobre la tierra se hayan ajustado a las exigencias del juez. Dios no crea el Reino entonces, de modo que éste existe siempre. Ésta es una de las definiciones simples con que hemos empezado el capítulo, y vemos que está presente en los evangelios.

2) El Reino de Dios es ahora una esfera trascendente en el cielo, pero en el futuro vendrá a la tierra. Dios transformará el mundo de manera que las estructuras básicas de la sociedad –físicas, sociales y económicas– se mantengan, pero remodeladas. Todos vivirán como Dios quiere, y habrá justicia, paz y abundancia. El Reino está *allí ahora* y en el futuro estará también *aquí*. Ésta es la segunda definición simple, y también se puede encontrar en los evangelios. Una de las peticiones del *Padrenuestro* contiene esta idea: “Venga a nosotros tu Reino y hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo” (Mt 6,10; cf. Lc 11,2). Algunos pasajes hablan de *rangos* en el Reino, insinuando con ello una estructura social, la cual indica que el Reino futuro estará *aquí*: según Mc 10,35-40 // Mt 20,20-23, Santiago y Juan (en Mateo, su madre) pidieron a Jesús el poder sentarse uno a cada lado de él en su gloria (Marcos) o en su Reino (Mateo). Jesús contestó que no tenía autoridad para conceder lo que solicitaban de él. También hay una discusión sobre “quién es el mayor” en el Reino, en Mt 18,1.4, y sobre el “más pequeño en el Reino” en Mt 5,19. En su última cena, Jesús afirmó que no volvería a beber vino

hasta que pudiera beberlo en el Reino (Mc 14,25 y par.). Lucas sitúa en este contexto la disputa sobre el rango en el Reino futuro. Jesús concluye la discusión así: “Yo os hago entrega de la dignidad real que mi Padre me entregó a mí, para que comáis y bebáis a mi mesa cuando yo reine y os sentéis en tronos para juzgar a las doce tribus de Israel” (Lc 22,29). La predicción de que los doce discípulos juzgarán a las doce tribus de Israel también aparece en Mt 19,28. En este caso se conecta con un dicho más general que también presupone un orden social y posesiones materiales: “Todo el que haya dejado casas, hermanos... o tierras por mi causa recibirá cien veces más y heredará la vida eterna” (Mt 19,29; de manera semejante Mc 10,29s; Lc 18,29s). Según este texto, la recompensa material llega *antes* de la vida eterna; es decir, la sociedad será reorganizada para que los seguidores de Jesús sean los dirigentes y tengan grandes posesiones, pero “la vida eterna” se encuentra aún más allá en el futuro. Habrá un Reino de Dios en la tierra, presumiblemente mientras los seguidores de Jesús estén todavía vivos. Todos estos pasajes presentan el Reino desde la óptica de una sociedad humana enormemente transformada en la tierra. Hemos visto antes que las categorías 1 y 2 se pueden combinar: las personas que mueren entran en el Reino de Dios en el cielo, pero un día Dios vendrá a la tierra para reinar también en ella.

3) Una subcategoría especial de dichos consideran de antemano una esfera futura que será introducida por un acontecimiento cósmico. Lo que hace distintos estos pasajes es que indican cómo vendrá el Reino a la tierra. La llegada del Reino irá acompañada de señales cósmicas. Me apresuro a añadir que en estos pasajes la palabra “Reino” apenas aparece; pese a ello, el tema es el establecimiento del dominio de Dios, generalmente bajo la soberanía del “Hijo del hombre”. Este título tiene más de un significado en los evangelios; en los pasajes que consideramos se aplica a una figura celestial que desciende para establecer un nuevo orden. El pasaje principal es Mc 13 y sus paralelos en Mateo y Lucas. Voy a citar algunos versículos tan sólo:

“Pasada la tribulación de aquellos días, el Sol se oscurecerá y la Luna no dará resplandor; las estrellas caerán del cielo... Entonces verán venir al Hijo del hombre entre nubes con gran poder y gloria. Él enviará a los ángeles y reunirá de los cuatro vientos a sus elegidos, desde el extremo de la tierra al extremo del cielo” (Mc 13,24-27).

Los pasajes paralelos son Mt 24; 10,16-23; 16,27s; Lc 17,22-37; 21,5-19.

Por lo general, los especialistas dan por sentado que Mc 13 supone el fin del mundo. Actualmente sabemos que si las estrellas cayeran del

cielo, el universo físico estaría en un grave apuro. A los antiguos, sin embargo, las estrellas les parecían bastante cercanas y muy pequeñas (como lo son hoy para los niños hasta que se les enseñan los hechos básicos de la astronomía). Así, las predicciones de una perturbación cósmica no suponen necesariamente que el universo esté a punto de ser destruido. Más probable es que esos dichos simplemente describan *cómo* vendrá el Reino a una tierra que seguirá existiendo: el Hijo del hombre y los ángeles vendrán acompañados por señales celestes. Esta cuestión no se puede zanjar con total certeza, pero volveré brevemente sobre ella más adelante.

4) En muchos pasajes, el Reino es futuro, pero no se define de otro modo. Dichos pasajes apoyan por lo general la idea de que Jesús habló del Reino como futuro, pero son menos específicos que las categorías 2 y 3. En Mc 1,15 y par., hay un resumen del mensaje de Jesús: el plazo se ha cumplido y el Reino está cerca. Las mismas palabras aparecen también en el encargo de Jesús a sus discípulos en Mt 10,7 y Lc 10,9: han de predicar a los demás que el Reino “está cerca”. Según Mc 9,1 y par., algunos de los seguidores de Jesús “no probarán la muerte” sin haber visto antes que el Reino ha llegado (Mt 16,28: antes de ver al Hijo del hombre llegar en su Reino; Lc 9,27: antes de ver el Reino de Dios). Mc 15,43 hace notar que José de Arimatea *también* aguardaba (o esperaba) el Reino de Dios (cf. Lc 23,51). Otras referencias al Reino como futuro son: Lc 21,31; Mt 25,34; tal vez Mt 21,31.

5) En algunos pasajes es posible que el Reino sea una “esfera” especial en la tierra, constituida por personas dedicadas a vivir según la voluntad de Dios, y que existe dentro y al lado de la sociedad humana normal. En los siglos posteriores a la muerte de Jesús, ésta es la forma en que los cristianos se entendían a menudo a sí mismos: vivían simultáneamente en dos esferas, la temporal y la eclesiástica. No hay en los evangelios ningún pasaje que tenga exactamente ese significado, pero algunos se le acercan: el Reino es como la levadura, que no se puede ver, pero que fermenta toda la masa (Mt 13,13 // Lc 13,20s). En Lc 17,20s, el Reino está “entre vosotros”. Este dicho contiene una línea opuesta a una de las formas que puede adoptar la idea de que el Reino es futuro: “El Reino de Dios no vendrá de forma espectacular”.

6. Muchos estudiosos han encontrado en dos pasajes la opinión de que Jesús consideraba el Reino de algún modo presente en sus propias palabras y obras: presente *aquí* y *ahora*, pero sólo en su propio ministerio. Voy a citar los dos pasajes, pero dejo para más adelante su análisis; pasaremos inmediatamente a considerar qué conclusiones podemos sacar concernientes al Reino de Dios en la enseñanza de Jesús.

“Si yo expulso los demonios con el poder del Espíritu de Dios [Lucas: el dedo de Dios], es que ha llegado a vosotros el Reino de Dios” (Mt 12,28 // Lc 11,20).

“Juan, que había oído hablar en la cárcel de las obras del Mesías, envió a sus discípulos a preguntarle: ‘¿Eres tú el que tenía que venir o hemos de esperar a otro?’. Jesús les respondió: ‘Id a contar a Juan lo que estáis viendo y oyendo: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan y a los pobres se les anuncia la Buena Noticia. ¡Y dichoso el que no encuentre en mí motivo de tropiezo!’” (Mt 11,2-6).

Durante varias décadas, los especialistas han estudiado las diversas categorías de dichos sobre el Reino y han tratado de dilucidar precisamente lo que Jesús pensaba. Johannes Weiss (1892) y Albert Schweitzer (1906) se detuvieron especialmente en los pasajes de la categoría 3 que acabamos de mencionar (un acontecimiento cósmico) y concluyeron que Jesús esperaba un gran cataclismo en un futuro muy próximo –durante su propia vida–.<sup>4</sup> Naturalmente, ésta fue una conclusión muy inquietante para los estudiosos cristianos, pues significaba que el principal mensaje de Jesús estaba equivocado. Rudolf Bultmann (1926) aceptó la idea de que Jesús consideraba futuro el Reino, pero fue capaz, no obstante, de hacerlo plenamente actual para los creyentes cristianos: “el Reino de Dios es... un poder que, pese a ser enteramente futuro, determina por completo el presente”.<sup>5</sup> Cualquier gran acontecimiento inminente influye en la actividad presente, y Bultmann pensaba que la idea de Jesús sobre el Reino funcionaba de ese modo. Los cristianos deben ver *siempre* el Reino como inminente; entonces vivirán como conviene.

C. H. Dodd, contemporáneo de Bultmann, sostenía que, desde el punto de vista de Jesús, el *éschaton* –el momento decisivo de la historia– había llegado ya en su propio ministerio. Afirmaba, por ejemplo, que “el Reino está cerca” (Mc 1,15) se debía traducir “el Reino ha llegado”.<sup>6</sup> Los detallados argumentos de Dodd convencieron a muy pocos, pero fueron

<sup>4</sup> Johannes Weiss, *Jesus' Proclamation of the Kingdom of God*, traducción inglesa 1971 (original alemán 1892); Albert Schweitzer, *The Quest of the Historical Jesus*, traducción inglesa 1910 (original alemán 1906).

<sup>5</sup> Rudolf Bultmann, *Jesus and the Word*, traducción inglesa 1934, Scribner Pb., p. 51 (original alemán 1926).

<sup>6</sup> C. H. Dodd, *The Parables of the Kingdom*, revisado 1961, pp. 29s. (1935) [trad. esp.: *Las parábolas del Reino*, Madrid 1974].



muchos los que pensaron que tenía algo de razón. *Había* un sentido en el cual Jesús pensaba que lo realmente importante ya estaba ocurriendo. Esto condujo a un consenso que duró algunas décadas: Jesús pensaba que el Reino era futuro y también que, “en algún sentido” –nunca especificado–, estaba presente en sus propias palabras y obras. Norman Perrin ofreció la formulación clásica de esta opinión (1963).<sup>7</sup>

En estos últimos años, algunos especialistas estadounidenses han decidido que Jesús no esperaba en absoluto que el Reino viniera en el futuro. Lc 17,20s –el Reino de Dios está entre vosotros– es el único pasaje que realmente cuenta a la hora de definir el Reino. Jesús fue en realidad un reformador político, social y económico, y no esperaba que Dios hiciera algo espectacular ni milagroso en el futuro.<sup>8</sup>

Mi opinión personal es que no podemos llegar hasta la opinión de Jesús simplemente entresacando y seleccionando dichos. En particular pienso que no es posible rechazar de plano ninguna de las categorías importantes. Pronto indicaré dónde residen mis propias dudas, pero no pienso que una reconstrucción histórica deba depender de la idea de que podemos establecer claramente lo que Jesús *no* dijo. Si examinamos con tranquilidad todos los dichos sobre el Reino, veremos que la mayoría de ellos lo sitúan *allí arriba*, en el cielo, donde la gente entrará después de la muerte, y *en el futuro*, cuando Dios traiga el Reino a la tierra y separe las ovejas de las cabras. Hemos señalado un dicho que se opone, al menos parcialmente, a este punto de vista: Lc 17,20s: el Reino no viene de manera espectacular, sino que está entre vosotros. Este dicho, sin embargo, es el prefacio de Lucas a 17,22-37, paralelo de Mc 13. Después del prefacio antifuturo de Lucas, leemos versículos como éstos: “Porque como el relámpago brilla desde un punto a otro en el cielo, así se manifestará el Hijo del hombre en su día”; “Estarán dos moliendo juntas: a una se la llevarán y a otra la dejarán” (Lc 17,24.35). Me parece imposible citar Lc 17,20s como el único dicho válido de Jesús sobre el Reino y afirmar que indica lo que él pensaba realmente. De los tres evangelios, Lucas es el más interesado en minimizar la expectación futura de Jesús y en restarle importancia. Ese interés se pone de manifiesto, por ejemplo, en el prefacio del autor a una parábola, en el cual se advierte a los lectores que no esperen inmediatamente el Reino (Lc 19,11). Sin embargo, ni

<sup>7</sup> Norman Perrin, *The Kingdom of God in the Teaching of Jesus*, 1963.

<sup>8</sup> Dos de los libros recientes más destacados en este campo son: Marcus Borg, *Jesus: A New Vision*, 1987, y Richard Horsley, *Jesus and the Spiral of Violence*, 1987. Sobre la idea de que Lc 17,21 determina la cuestión, véase Horsley, p. 167.

siquiera 19,11 niega que el Reino vaya a venir.<sup>9</sup> Ambos pasajes (17,20s y 19,11) son modificaciones lucanas de un material ya existente. Lc 17,20s no aparece en la fuente de Lucas (en este caso Marcos), mientras que 19,11 es el comentario del autor sobre la clave de una parábola. El dicho de 17,20s es el intento personal del autor de reducir la trascendencia de los dramáticos versículos siguientes, que tratan de la llegada del Hijo del hombre y del juicio inminente. Pero aun cuando Jesús pronunciara realmente las frases de Lc 17,20s, no se pueden utilizar para probar que no dijo nada acerca de un futuro acontecimiento cósmico. Creo que Lucas escribió estos dos versículos totalmente de su cosecha, sin apoyarse en ningún dicho transmitido de Jesús. A la hora de determinar lo que Jesús pensaba, sin embargo, no confío en probar que no son auténticos, y, ciertamente, no creo imposible que Jesús pensase que el Reino estaba “en algún sentido” presente. Sostengo, más bien, que no se puede considerar que Lc 17,20s anule la gran cantidad existente de dichos relativos al Reino futuro, incluidos los que en Lucas siguen inmediatamente a esos dos versículos.

Tampoco me convence la interpretación que se hace generalmente de Mt 12,28 y 11,2-6 (la categoría 6). Nunca he sido capaz de ver en estos pasajes lo que otros ven: la declaración de que, según la opinión personal de Jesús, el Reino estaba *plenamente presente* en sus obras. La afirmación de que el Reino “ha llegado a” los críticos de Jesús (primer pasaje) significa muy probablemente “se os está acercando”.<sup>10</sup> Además, en el pasaje donde aparece Mt 12,28, la controversia sobre Belzebú, Jesús da por supuesto que otros expulsan demonios, indicando así que sus actividades personales no son únicas. ¿Pensó, no obstante, que en sus expulsiones de demonios el Reino estaba plenamente presente, mientras que las otras no probaban nada? No podemos saberlo, y el pasaje no lo dice. Si Jesús hubiera pensado que el Reino estaba presente en sus propias obras, cabría esperar que hubiera dicho a quienes curaba, especialmente a los que tenían fe en él, que *ellos* habían tomado parte en el poder del Reino de Dios o que habían sido sus beneficiarios. Decir que el Reino “ha llegado a” sus *críticos* es, a mi parecer, una especie de advertencia: ha llegado a vosotros y, si mantenéis vuestra postura actual, lo lamentaréis (en un futuro inmediato).

<sup>9</sup> Por ejemplo, donde Marcos y Mateo presentan a Jesús prediciendo durante su juicio que sus jueces *verán venir* al Hijo del hombre, Lucas dice: “Desde ahora el Hijo del hombre estará sentado a la derecha... de Dios” (Mc 14,62 // Mt 26,64 // Lc 22,68).

<sup>10</sup> Sobre “ha llegado a” (en griego *ephthasen epi*), véase mi obra *Jesus and Judaism*, 1985 (en lo sucesivo *J&J*), p. 134.

En el segundo pasaje de la categoría 6, la respuesta de Jesús a Juan (Mt 11,2-6), Jesús sólo dice que está cumpliendo las promesas de Isaías —no que el Reino de Dios esté presente en su ministerio—. Podía cumplir las promesas y que el Reino todavía quedara en el futuro. No cabe determinarlo apoyándose en este pasaje.

En vista de mis serias dudas sobre la interpretación corriente de estos dos pasajes, deseo repetir que mi posición acerca del significado de “Reino de Dios” no depende de la impugnación de esta o cualquier otra categoría. Jesús pudo pensar que el Reino estaba “de algún modo” presente en sus propias palabras y hechos; no puedo probar que no lo pensaba. Sólo señalo que ningún pasaje lo dice claramente. Jesús sin duda creía que el poder de Dios estaba presente, tanto en su propia vida como en otras partes, pero, en vista de la falta de pruebas sólidas, es improbable que quisiera decir que el Reino estaba plenamente presente dondequiera que él estuviera.

La idea más simple, y en ciertos aspectos la mejor que cabe asumir de la complicada cuestión del Reino en la enseñanza de Jesús, es que él dijo *todas* las cosas enumeradas más arriba —o cosas parecidas—. No hay dificultad en pensar que Jesús creyó que el Reino estaba en el cielo, que la gente entraría en él en el futuro y que también estaba presente en algún sentido en su propia obra. Las cartas de Pablo revelan muy oportunamente que una persona podía querer decir cosas diferentes con la palabra “Reino”. A veces habló de quién heredaría el Reino (por ejemplo, 1 Cor 6,9s), lo cual presupone que era futuro. Aunque también escribió que “el Reino de Dios no consiste en lo que se come o en lo que se bebe; consiste en la fuerza salvadora, en la paz y la alegría que proceden del Espíritu Santo” (Rom 14,17). La revelación plena del Reino de Dios puede situarse en el futuro, pero en el presente la gente puede experimentar algunos de sus beneficios.

Los pasajes enumerados antes en la categoría 3 —que predicen que el Hijo del hombre vendrá sobre las nubes antes de que algunos de los oyentes de Jesús mueran— requieren ulterior análisis. Son los pasajes que a muchos estudiosos cristianos les gustaría ver desaparecer. En primer lugar, son chocantes y, para muchos lectores modernos, de mal gusto. En segundo lugar, los acontecimientos que predicen no llegaron a pasar, lo cual significa que Jesús estaba equivocado. Lo tercero, y más importante, es que si Jesús esperaba que *Dios* cambiase la historia de forma decisiva en un futuro inmediato, parece improbable que fuera un reformador social.

No voy a entrar en cuestiones de gusto, pero sí haré algunos comentarios sobre los problemas segundo y tercero, empezando por este último. Ya he señalado antes que el signo distintivo de los dichos del

Hijo del hombre que viene sobre las nubes es una concepción impresionante de *cómo* viene el Reino. Pero, en una medida muy importante, esa forma de entender el modo de la llegada del Reino era típica del pensamiento judío del siglo I. Dios era siempre el actor principal. Así sucede ciertamente en los evangelios: lo único que Jesús le pide siempre a la gente es que viva correctamente. En ningún material le insta a construir una sociedad alternativa que vaya a ser el Reino de Dios. Hay pocos pasajes que puedan encajar dentro de la categoría 5 antes señalada, y ni siquiera los que he enumerado allí instan a la creación de una entidad social alternativa. Jesús dijo que el Reino es como la levadura; esto alude a su invisibilidad. Es también como una diminuta semilla de mostaza. Quienes más tarde crearon una estructura social, consistente en pequeñas células en cada pueblo o ciudad, podían decir, por supuesto, que eran la levadura dentro de la masa; trataban de mejorar la sociedad. Pero quienes escuchaban estos símiles en Galilea se veían incitados a ir buscando pistas del Reino invisible que un día aparecería de repente como un pan perfecto o un gran árbol; los pasajes no dicen “cread pequeños grupos de reformadores”. Jesús pensaba que sus oyentes podían y debían comprometerse con el camino que él les proponía; no tenían que ser meramente pasivos. Pero debemos observar lo que él pedía con ahínco. Decía que viviendo correctamente se puede *entrar* en el Reino (categoría 1). Según los indicios, pensaba que no había nada que se pudiera hacer para *traer* el Reino, y en éste ni siquiera él podía asignar sitios (categoría 2). Se acerca, y la gente lo espera, pero no se puede hacer que llegue (categoría 4). Como la levadura, crece por sí solo (categoría 5). En todo caso, es Dios quien hace lo que se ha de hacer, salvo una cosa: quienes viven correctamente entrarán en el Reino. No hay ningún indicio en absoluto de la idea de que los individuos puedan agruparse con otros y *crear* el Reino mediante la reforma de las instituciones sociales, religiosas y políticas.

El segundo de los problemas mencionados antes –si Jesús esperaba de Dios que cambiase el mundo, se equivocaba– no es en modo alguno novedoso. Se planteó muy pronto en el cristianismo. Éste es el tema fundamental del documento cristiano más antiguo que se conserva, la carta de Pablo a los Tesalonicenses. Por ella sabemos que los conversos de Pablo estaban desconcertados por el hecho de que algunos miembros de la comunidad hubieran muerto; habían esperado que el Señor volviera mientras todos vivieran aún. Pablo les aseguró que los (pocos) cristianos muertos resucitarían, de manera que podrían participar en el Reino venidero junto con aquellos que estuvieran todavía vivos cuando el Señor volviera. La cuestión de la proximidad exacta del gran acontecimiento aparece en otros libros del Nuevo Testamento. Un dicho de los sinópticos (analizado con mayor detalle más adelante) promete que “algunos de

los presentes” estarán todavía vivos cuando el Hijo del hombre venga. En el apéndice del evangelio de Juan (capítulo 21), sin embargo, se presenta a Jesús discutiendo con Pedro acerca de un discípulo anónimo, llamado “el discípulo a quien Jesús amaba”: “Si yo quiero que él permanezca hasta que yo vuelva, ¿a ti qué?”. El autor entonces explica: “Estas palabras fueron interpretadas por los hermanos en el sentido de que este discípulo no iba a morir. Sin embargo, Jesús no había dicho a Pedro que aquel discípulo no moriría, sino: ‘Si yo quiero que él permanezca hasta que yo vuelva, ¿a ti qué?’” (Jn 21,21-23).

La historia de estos reajustes hechos a la idea de que Dios haría algo espectacular mientras los contemporáneos de Jesús todavía vivieran es bastante fácil de reconstruir. Jesús originariamente dijo que el Hijo del hombre vendría en un futuro inmediato, mientras sus oyentes aún vivieran. Después de su muerte y resurrección, sus seguidores predicaron que volvería inmediatamente —es decir, sencillamente interpretaron “Hijo del hombre” como referido a Jesús mismo—. Luego, cuando la gente empezó a morir, dijeron que algunos estarían todavía vivos. Cuando casi toda la primera generación había muerto ya, mantuvieron que un discípulo viviría aún. Entonces éste murió, y se hizo necesario afirmar que Jesús en realidad no había prometido ni siquiera a ese discípulo que fuera a vivir para ver el gran día. Para cuando llegamos a uno de los libros más tardíos del Nuevo Testamento, 2 Pedro, la vuelta del Señor se ha aplazado aún más: algunos se mofan diciendo: “¿Dónde queda la promesa de su gloriosa venida?”. Pero el autor recuerda “que un día es para el Señor como mil años, y mil años como un día” (2 Pe 3,3-8). El Señor, en realidad, no tarda; más bien, computa el tiempo con un calendario diferente.

En las décadas posteriores a la muerte de Jesús, los cristianos tuvieron, pues, que revisar su primera expectativa una y otra vez. Esto hace muy probable que dicha expectativa tuviese su origen en Jesús. Todos los indicios tienen sentido para nosotros si pensamos que Jesús mismo dijo a sus seguidores que el Hijo del hombre vendría mientras todavía viviesen. El hecho de que esa expectativa planteara dificultades a los cristianos del siglo I contribuye a demostrar que Jesús mismo la albergó. También observamos que el cristianismo sobrevivió muy bien al temprano descubrimiento de que Jesús había cometido un error.

Vamos ahora a examinar con mayor detalle lo que parece ser el dicho esencial subyacente tras esta creencia del cristianismo primitivo. Acabamos de señalar el temor de los tesalonicenses a que quienes habían muerto quedarán excluidos cuando el Señor volviera: por tanto, Pablo había dicho primero que el Señor volvería inmediatamente. Respondió a la preocupación de sus conversos citando lo que él denomina una “palabra del Señor”

–un dicho que atribuía a Jesús–. Tal dicho, según lo cita Pablo, se acerca mucho a otros atribuidos a Jesús en los evangelios. A continuación recojo tres versiones del dicho en columnas paralelas.

1 Tes 4,15-17	Mt 24,27s	Mt 16,27s
<p>Nosotros, los que estamos vivos, los que aún quedamos, cuando <i>venga el Señor</i> no tendremos preferencia sobre los que han muerto. Pues <i>el Señor</i> mismo <i>bajará del cielo</i> cuando se dé la orden, cuando se oiga la voz del <i>arcángel</i> y resuene la <i>trompeta divina</i>, y los que murieron unidos a Cristo resucitarán en primer lugar. Después nosotros, <i>los que aún quedamos vivos...</i> seremos <i>arrebataados</i> junto con ellos entre nubes y saldremos por los aires al encuentro del Señor.</p>	<p><i>Aparecerá</i> en el cielo la señal del <i>Hijo del hombre</i>, y todos los pueblos de la tierra se golpearán el pecho, y verán al <i>Hijo del hombre venir</i> sobre las nubes del <i>cielo</i>, con gran poder y gloria. Él enviará a sus <i>ángeles con la gran trompeta</i>,</p> <p>y reunirán de los cuatro vientos a los elegidos, de un extremo a otro del cielo.</p>	<p>El <i>Hijo del hombre</i> está a punto de venir con la gloria de su Padre y con sus <i>ángeles</i>. Entonces tratará a cada uno según su conducta. Os aseguro que</p> <p>algunos de los aquí presentes <i>no morirán</i> sin ver al Hijo del hombre venir como rey.</p>

Los dichos de Pablo y Mateo están integrados esencialmente por los mismos elementos. Si suprimimos de la versión paulina su novedosa preocupación por los muertos en Cristo, y del dicho sinóptico la evidente modificación de que sólo *algunos* seguirán aún vivos, y equiparamos “el Hijo del hombre” de los sinópticos con “el Señor” de Pablo, tenemos el mismo dicho. Éste probablemente no prevé “el fin del mundo”, sino más bien un decisivo acto divino que dará el poder “al Señor” o “al Hijo del hombre” y reunirá a su alrededor a “los elegidos”. Desde la perspectiva de Pablo, lo más probable es que los cristianos, tanto los vivos como los muertos, después de “salir al encuentro” del Señor en el aire, lo acompañen a su Reino en la tierra. En otro pasaje, Pablo predijo que Cristo reinaría durante un tiempo hasta que derrotara a todos los enemigos, el último de los cuales era la muerte (1 Cor 15,25s). Esto significa que los seres humanos todavía morirían mientras el Señor reinara. Sólo después de la derrota de la muerte, el Señor entregaría el Reino a Dios (15,24), y en ese momento Dios sería “todo en todos” (15,28). Pablo tal

vez entendiera que esta última etapa, *tras* el reinado victorioso de Cristo, entrañaba la disolución del universo físico.<sup>11</sup>

Los estudiosos que intentan “contrastar” la autenticidad de los dichos de Jesús verán que esta tradición sale airosa de la prueba. En primer lugar, el acontecimiento predicho no ocurrió en realidad; por lo tanto, la profecía no es una falsificación. Una profecía no realizada tiene muchas más probabilidades de ser auténtica que otra que corresponda exactamente a lo que realmente ocurrió, pues pocas personas se inventarían algo que no sucedió y se lo atribuirían luego a Jesús. En segundo lugar, la tradición está atestiguada en más de una fuente. Pablo escribió a los tesalonicenses antes de que se compusieran los evangelios, de modo que no pudo depender de Mateo ni Marcos. Los autores sinópticos no copiaron a Pablo, puesto que escribieron antes de que las cartas de éste se publicasen.<sup>12</sup> Además, manifiestan desconocimiento de las ideas que distinguen el pensamiento paulino del cristianismo común. Por tanto, Pablo y los autores de los sinópticos conocieron este dicho *de modo independiente*. Aun cuando era un poco embarazoso para los autores sinópticos, estaba tan firmemente encajado en la tradición sobre Jesús que lo conservaron.

El único problema real a la hora de comprender lo que esperaban Jesús y sus seguidores es el significado de “el Hijo del hombre”. Después de la muerte y resurrección de Jesús, los primeros cristianos concluyeron que las referencias de Jesús a la venida del Hijo del hombre eran una manera críptica de decir que él mismo volvería y, por consiguiente, cambiaron “el Hijo del hombre vendrá” por “el Señor vendrá (o volverá)”. No podemos llegar a saber con exactitud lo que quiso decir Jesús, pero analizaremos “Hijo del hombre” y otros títulos en el capítulo 15. Por el momento, basta saber que Jesús esperaba que sucediera algo espectacular.

Si tuviéramos, pues, que decidir lo que Jesús pensaba *realmente* entre sacando y eligiendo dichos, concluiríamos: pensaba que en un futuro muy próximo Dios intervendría espectacularmente en la historia enviando al Hijo del hombre. Ésta es la tradición más firmemente atestiguada. También pensaba probablemente lo que encontramos en la mayoría de los pasajes: que quienes morían entraban en el Reino y que cuando Dios mandase al Hijo del hombre habría un gran juicio, de resultados del cual unos serían destinados al cielo y otros a la *gehenna* (infierno). Además, pensaba que el poder de Dios se manifestaba de manera especial en su ministerio.

<sup>11</sup> Es difícil establecer con certeza la opinión de Pablo sobre dónde estaría el Reino. Véase SSG, pp. 337s y nn. 3 y 4 (p. 353).

<sup>12</sup> Sobre esta independencia de fuentes, véase *supra* p. 20.

Creo que pudo llamar a ese poder presente “el Reino” (véanse los análisis realizados anteriormente de Lc 17,20s; Mt 12,28; Mt 11,2-6).

No pienso, sin embargo, que la cuestión quede totalmente resuelta con el estudio de todos y cada uno de los dichos. Sólo ellos pueden darnos los matices del pensamiento de Jesús, pero la mejor prueba en favor de la opinión de que Jesús esperaba una muy pronta intervención de Dios en la historia es el contexto del movimiento iniciado con Juan el Bautista (capítulo 7 *supra*). Juan esperaba que el juicio llegase pronto. Jesús empezó su actividad pública siendo bautizado por Juan. Después de la muerte y resurrección de Jesús, sus seguidores pensaron que él volvería para establecer su Reino antes de que ellos murieran. Después de su conversión, Pablo era de esa misma opinión. Muy pronto, ya en 1 Tesalonicenses (hacia el 50 EC), los cristianos tuvieron que empezar a afrontar el hecho problemático de que el Reino todavía no había llegado. Resulta casi imposible explicar estos hechos históricos suponiendo que Jesús mismo no esperaba el inminente fin o transformación del presente orden mundial. Pensaba él que, en la nueva era, Dios (o su virrey) reinaría de modo supremo, sin oposición.

Como medida desesperada, aquellos a quienes esto crea dificultades pueden decir que todos entendieron rematadamente mal a Jesús: en realidad, él quiso una reforma económica y social; los discípulos omitieron esa parte de su enseñanza e inventaron dichos acerca del futuro Reino de Dios —de los cuales tuvieron luego que empezar a retractarse, puesto que el Reino no llegaba—. Esto presupone que podemos “saber” cosas de las cuales no hay pruebas, “sabiendo” simultáneamente que las pruebas que tenemos se basan en una incomprensión total. Esas ideas demuestran únicamente el triunfo de los castillos en el aire.

Podemos estar muy seguros de que Jesús tenía un mensaje *escatológico*. Puesto que esta palabra es muy importante en los análisis del cristianismo primitivo y el judaísmo, voy a repetir una explicación que ya he dado (p. 116). Etimológicamente, “escatología” significa tratado o pensamiento sobre “el final”. El término “escatología” es tan común y tiene una trayectoria tan larga en los estudios bíblicos que no podemos desecharlo. Debemos hacer hincapié, sin embargo, en que puede ser engañoso cuando se utiliza para describir el mensaje de Jesús o las expectativas de futuro de otros judíos. Jesús no esperaba el fin del mundo entendido como destrucción del cosmos. Esperaba un milagro transformador, divino. Como judío devoto, pensaba que Dios había intervenido anteriormente en el mundo para salvar y proteger a Israel. Por ejemplo, Dios había dividido el mar para que Israel pudiera escapar del ejército egipcio perseguidor, había alimentado al pueblo con maná en el desierto y le había introducido en la tierra de Palestina. En el futuro, pensaba Jesús, Dios actuaría de modo aún



más decisivo: crearía un mundo ideal; restauraría las doce tribus de Israel, y prevalecerían la paz y la justicia; la vida sería como un banquete.

En términos generales, muchos judíos pensaban lo mismo. La esperanza de Jesús para el futuro nos resultará más comprensible si somos capaces de verla en su contexto, de ahí que ahora pasemos a decir unas palabras sobre la restauración de las doce tribus y el valor simbólico de la celebración de banquetes en el judaísmo del tiempo de Jesús. Esto no es una relación completa de lo que pensaban los judíos acerca del futuro; estudiar estos dos temas, sin embargo, nos ayudará a ver que la esperanza futura de Jesús era compartida por muchos otros judíos de su tiempo, pero que, pese a ello, tenía características peculiares.<sup>13</sup>

Según la historia y leyenda judías, Israel constaba de doce tribus, cada una de las cuales descendía de uno de los hijos de Jacob. Las doce tribus se dividieron en dos reinos en el siglo X AEC: diez tribus formaron el reino del Norte, y dos el del Sur. En el siglo VIII AEC los asirios conquistaron el reino del Norte. Éstos tenían por norma dispersar a los pueblos conquistados para reducir las posibilidades de una rebelión, y el cumplimiento de dicha norma significó la pérdida de las diez tribus del norte. Posteriormente conquistaron el reino del Sur los babilonios, que no solían dispersar la población, sino que se llevaban a Babilonia a los dirigentes de la nación conquistada (siglo VI AEC). Bajo el mandato de Ciro, los persas conquistaron Babilonia y liberaron a los judíos exiliados. Cuando volvieron a Palestina, dichos judíos, pertenecientes a las dos tribus del sur (Judá y Benjamín), restablecieron un Estado judío, denominado “Judá”.

Pese al exilio y al paso de los siglos, los judíos recordaban las diez tribus perdidas, y muchos albergaban la esperanza de que se pudieran recuperar. Aproximadamente en el 200 AEC, el sabio Ben Sirá había esperado con ilusión el momento en que Dios “[reuniría] a todas las tribus de Jacob” y “[les devolvería] su heredad como al comienzo” (Eclo 36,10). Alrededor del año 63 AEC, por el tiempo de la conquista de Jerusalén por Pompeyo, un poeta devoto predijo que Dios reuniría de nuevo a su pueblo y “los dividirá en sus tribus sobre la tierra” (*Salmos de Salomón* 17,28-31). Los miembros de la secta del mar Muerto esperaban que los ejércitos de Israel, ordenados en doce grupos por tribu, derrotarían a los ejércitos de los gentiles y adorarían de nuevo a Dios en el Templo.<sup>14</sup>

<sup>13</sup> Confeccioné un catálogo de las esperanzas judías para el futuro en *P&B*, cap. 14.

<sup>14</sup> *Manuscrito de la guerra de los hijos de la luz contra los hijos de las tinieblas* 2,2.7-8; 3,13; 5,1; cf. 57,5s.

Quienes buscaban la restauración de las doce tribus esperaban un milagro, puesto que la elaboración humana de un censo nunca podría dar con el paradero de las diez tribus perdidas. Dios mismo tendría que intervenir directamente en la historia y reconstituir o recrear las tribus perdidas. Este milagro tendría como resultado un reino terreno en el cual el territorio se dividiría entre las tribus, como se hizo siglos antes. El futuro se presentaba, lo mismo que en otras muchas culturas, como un retorno al principio o a una idealizada “edad de oro” (no como una disolución del cosmos).

Jesús parece haber compartido esta esperanza: la esperanza de un milagro que crearía de nuevo a Israel. Los doce discípulos juzgarían a las doce tribus, y sus seguidores debatían incluso cuestiones sobre su futuro rango (véanse los pasajes de la categoría 2). A diferencia de los sectarios del mar Muerto, sin embargo, Jesús no pensaba desde la óptica de un milagro militar en el cual las tribus reconstituidas luchaban contra los ejércitos de los gentiles. Al parecer, esperaba que el Hijo del hombre descendiera y que los ángeles de Dios separaran a los elegidos de los malvados. Si los dichos acerca del Hijo del hombre fueran posteriores adiciones cristianas a la tradición, no sabríamos cómo esperaba Jesús que se estableciese el Reino, pero por otros pasajes sabríamos aún que aguardaba una era mejor.

Jesús dijo a sus discípulos que bebería vino con ellos en el Reino (última cena, Mc 14,25 y par.). Esto plantea la cuestión de si los judíos en general esperaban o no que la nueva era fuera como un banquete. ¿Era “el banquete”, como “los doce”, un símbolo corriente que indicaba la intervención de Dios? Pienso que no. La importancia de la última cena en el pensamiento y la práctica cristiana ha conducido a la excesiva valoración de las comidas en el judaísmo. Un pasaje de Isafas se alegra de antemano por el tiempo en que el Señor “preparará un festín de manjares suculentos, un festín de vinos de solera”. En ese tiempo “destruirá la muerte para siempre” y “secará las lágrimas de todos los rostros” (Is 25,6-8).<sup>15</sup> La existencia de este pasaje entrañaba que quien hablase de la era nueva podía utilizar la imagen de un banquete. La literatura que ha llegado hasta nosotros, sin embargo, indica que no fueron muchos los que lo hicieron. Los sectarios del mar Muerto pensaban que en el futuro los dos mesías tomarían parte en un banquete con el resto de los elegidos, pero no podemos decir que entendieran que sus propias comidas cotidianas prefiguraban las alegrías de la era

---

<sup>15</sup> Los estudiosos citan con frecuencia muchos otros pasajes como pruebas de que celebrar banquetes era un símbolo arraigado de la era nueva, pero en realidad éste es el único que realiza tal conexión.

venidera.<sup>16</sup> Jesús habló de un banquete futuro no sólo en la última cena, sino también en la predicción de que muchos vendrían de oriente y de occidente y se sentarían a la mesa con los patriarcas de Israel (Mt 8,11s // Lc 13,28s). En algunas parábolas comparó el Reino venidero con un banquete (Mt 22,1-14; Lc 14,15-24), y su gesto de comer con pecadores y recaudadores de impuestos (analizado en el capítulo siguiente) tal vez simbolizara la inclusión de éstos en el Reino. Sus enemigos le acusaron de ser un bebedor y un comilón. Esto puede indicar que, cuando tenía oportunidad, celebraba banquetes; de ser así, probablemente dio a estas comidas un valor simbólico.

Esto no significa con toda rotundidad que cuando los judíos *banqueteaban* estaban proclamando el venidero Reino de Dios. Las fiestas judías celebraban el pasado con acción de gracias. En la pascua, la historia del éxodo de Egipto era esencial. Al recordar los actos de redención de Dios en el pasado, resultaba muy natural alegrarse de antemano de una redención futura: si Dios nos salvó de los egipcios, al final nos salvará de los romanos también. Sin embargo, la festividad religiosa no simbolizaba el futuro Reino de Dios. Parece, sin embargo, que *Jesús* veía la celebración de banquetes de esta forma: en el Reino venidero, “muchos” se sentarían a la mesa con Abraham, Isaac y Jacob; sus discípulos juzgarían a las doce tribus; los pecadores con quienes Jesús comía a veces tendrían parte en el Reino; él bebería vino con sus discípulos en la era nueva.

Jesús utilizó, pues, al menos dos símbolos para describir el Reino venidero de Dios: doce discípulos, que representaban a las doce tribus, y el banquete. Sin embargo, hasta donde las pruebas que se han conservado nos permiten afirmar, no habló tan gráficamente como otros vaticinadores. No nos legó nada tan detallado y explícito como los manuscritos más escatológicos del mar Muerto (el *Manuscrito de la guerra* y el *Manuscrito del templo*), donde se describen las armas, los estandartes y los detalles arquitectónicos del templo ideal. Comparados con ellos, el banquete y las doce tribus de los dichos de Jesús son muy vagos. Pese a ello, sus seguidores consideraron razonable discutir quién se sentaría a su derecha y a su izquierda cuando tomase posesión de su Reino.

Cuando nos ocupamos de esta clase de material, nunca podemos estar

<sup>16</sup>Para este banquete, véase la *Regla de la Congregación*. La importancia de la comida en la *Regla de la Comunidad* de Qumrán, columna 6, sin embargo, no es tan clara como muchos estudiosos piensan. Para el análisis de uno de los problemas, véase *PeB*, pp. 352-357. Por supuesto, los sectarios pensaban que en la era nueva habría fiestas, puesto que ellos estarían al cargo del Templo, pero no estoy persuadido de que vieran el comer como una indicación o un símbolo del futuro tiempo ideal.

seguros de hasta qué punto se debe tomar al pie de la letra. Quienes creen hoy en día en el cielo, por ejemplo, ¿piensan realmente que “allá arriba” moran ángeles con alas y arpas? ¿O alas y arpas son metáforas de una indescriptible bienaventuranza? Por lo general, creo que esto último. Cuando se trata de analizar lo que pensaban los judíos de la antigüedad, debemos permanecer en la incertidumbre en lo tocante a este punto. Según un pasaje, Jesús consideraba un error el pensar que en la resurrección la gente se casaría (Mc 12,25 y par.). Esto constituye una advertencia saludable para no atribuirle la visión más tosca y literal de la nueva era. Aunque habló de beber vino en el Reino, no dijo (que sepamos) cuántos litros de vino produciría cada vid (como hicieron algunos cristianos primitivos).<sup>17</sup> Pablo presenta una analogía parcial con Jesús. Las afirmaciones más explícitas que Pablo hace sobre el Reino son: Cristo “reinará hasta que ponga a todos sus enemigos”, incluida la muerte misma, “bajo sus pies”, y solamente entonces entregará el Reino a Dios (1 Cor 15,25-28), y “los santos” (los cristianos) juzgarán el mundo (1 Cor 6,2). Pablo también pensaba que quienes participasen en el mundo nuevo tendrían “cuerpos espirituales”; no serían “carne y sangre”, pero serían cuerpos, no obstante (1 Cor 15,44.50). No quiero decir que Pablo y Jesús concuerden totalmente, sino que ambos hablaron de un mundo que no sería exactamente como el presente, pero que, pese a todo, sería reconocible como mundo. Aun cuando –desde el punto de vista de Jesús– las personas después de la resurrección no se casarán, seguirán siendo reconocibles como personas.

Estas coincidencias parciales entre Jesús y otros judíos de su época que pensaban en una era nueva (doce tribus), y entre Jesús y Pablo (personas que no tienen las mismas necesidades que ahora; el juicio estará en manos de los seguidores de Jesús) nos ayudan a entender a Jesús. No quiso dar descripciones precisas del mundo venidero, pero no pensaba que no habría nada salvo espíritus incorpóreos. Por el contrario, sería una era nueva y mejor, en la cual sus discípulos –y por consiguiente, él mismo– desempeñarían un papel principal.

Como hemos señalado al principio de este capítulo, cualquiera puede usar la palabra “Reino” en más de un sentido. Además, cuando se piensa en el futuro, es posible sostener a la vez nociones diversas. Desde el punto de vista lógico, la idea de la inmortalidad personal (cuando llega la muerte, el alma de cada individuo se marcha) y la idea de la resurrección (la gente muere y aguarda la resurrección general) son contradictorias. Sin embargo, millones de cristianos, incluido Pablo, han sostenido ambas. ¿Y Jesús?

<sup>17</sup>Ireneo, *Contra las herejías* 5,30-33. Véase SSG, p. 338 y nota 5 (p. 353).

¿Sostuvo puntos de vista contradictorios sobre el futuro o tuvo una idea dominante? Pudo pensar que Dios mandaría al Hijo del hombre, el cual reuniría a los elegidos y condenaría a los demás, y también que los individuos eran juzgados a la hora de la muerte. El particular tipo de escatología de Jesús, sin embargo, hace que, de hecho, unas reconstrucciones de su vida y obra sean menos probables que otras. Si pensó que en un futuro inmediato Dios iba a cambiar la sociedad humana, es improbable que el dinamismo principal de su actividad pública fuera la reforma social. Si buscaba una era nueva y mejor, cabría esperar que dijera cosas sobre cómo sería y, en ese sentido, que apremiara a la gente a empezar a vivir adecuadamente; pero no que tratara de poner las manos en la maquinaria del gobierno o conspirara para derrocar al sumo sacerdote y convencer a Pilato para que designase a su propio candidato (esto es, al de Jesús). Es una cuestión de acento. Jesús, sin duda, tenía opiniones sobre las circunstancias sociales, políticas y económicas de su pueblo, pero su misión fue prepararlo para recibir el Reino de Dios que llegaba.